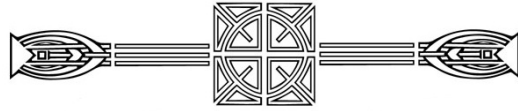


Cuentos de un Jardín Inglés

Por Josephine Hymes



La Pintura de Slim¹

Cuento 4: Sobre Adicción, Amor y Familia



INFO ABOUT RIGHTS

2410309961953

www.safecreative.org/work 2

¹ Todas las ilustraciones en esta serie de cuentos fueron generadas por Josephine Hymes usando Copilot Designer, con apoyo de DALL-E 3

² Los derechos de esta historia están registrados para exigir Atribución-Usa no Comercial -Sin alteraciones o derivados según el Acuerdo Internacional 4.0



A veces la vida desafía toda lógica. Terrence creía conocerse bastante bien, pero los cambios que había experimentado recientemente demostraban que había una parte entera de su propio corazón que no comprendía. Por un lado, siempre había pensado que la inquieta vida de un actor de teatro se adaptaba a su naturaleza como un guante a la medida. Nunca se había quejado de tener que pasar semanas -incluso meses- durmiendo en un hotel diferente cada dos días, comiendo poco cuando la comida no era de su agrado, lo que sucedía con bastante frecuencia, y trabajando hasta altas horas de la noche hasta el agotamiento. Esa había sido su vida desde los diecisiete años, y siempre le había parecido un pequeño precio a pagar por la gloria de su arte escénico. Pero en su gira del otoño de 1925 empezó a comprender que incluso los vagabundos empedernidos pueden echar raíces.

Es más, como hombre de casi treinta años, estaba orgulloso de haber logrado cierto nivel de control sobre sus pasiones, o al menos eso aparentaba a los ojos del mundo. A menudo había despreciado la total falta de autocontrol que exhibían otros artistas, la cual generalmente se veía exacerbada por las presiones del trabajo y las opiniones liberales que dominaban en el círculo artístico. De hecho, después de haber superado su amarga experiencia en el oscuro pozo de la adicción y la depresión, se había esforzado por vivir con templanza hasta el punto de exasperar a la mayoría de sus colegas. Sin embargo, dentro de la seguridad del matrimonio, había descubierto que los aspectos más tiernos, pero también los más apasionados de su personalidad, sólo habían estado adormecidos durante todos esos años.

Suponía que aquello no era algo de lo cual debía maravillarse, considerando que su esposa siempre había tenido tal efecto sobre él. Aun así, no dejaba de sorprenderle cómo había cambiado su vida desde que la había tomado en sus brazos para cruzar el umbral del hogar que habían construido juntos. No era que hubiera cambiado en esencia, pues, después de todo, era el mismo hombre reservado que rehuía los halagos del mundo. Y, sin embargo, definitivamente ya no era el solitario que había sido antes.

El matrimonio con la mujer que amaba le había traído una agradable sensación de compañerismo mental y espiritual que impregnaba todos los aspectos de la vida. Sólo

tenía que entrar en su casa para envolverse en la calidez de la radiante presencia de ella, y cada momento aburrido o amargo que pudiera haber tenido en un día acababa por derretirse ante su calor. Para un hombre cuya carrera se basaba en pretender ser alguien distinto a sí mismo, era simplemente liberador poder, por una vez, exponer su verdadero yo en presencia de otra persona sin temer al rechazo o a la censura. Incluso cuando discutía con ella, permeaba entre ellos una sensación de libertad para estar enojados el uno con el otro, sabiendo que la reconciliación era inevitable. Por lo tanto, era solamente una consecuencia natural que esos sentimientos de unidad llevaran a un hombre y una mujer jóvenes, como ellos eran todavía, a dejar que sus cuerpos se deleitaran constantemente en su afecto mutuo.

No podía evitarlo y no buscaba excusas para ello. Siempre que estaba con Candy, buscaba cualquier oportunidad para tocarla. A veces, bastaba con el roce suave y fugaz de su piel mientras ella estaba ocupada en la cocina o en el jardín. Eso le era suficiente para pasar el día, siempre y cuando pudiera tenerla toda para él por la noche. Luego, en la intimidad de su dormitorio, insistía sin descanso para poseer cada centímetro de ella, aunque ella no necesitaba grandes argumentos para entregarse a él. Porque, aunque ella había sido inexperta en el amor físico la primera vez que se amaron íntimamente, sus tiernos sentimientos por él habían convertido a su modesta esposa en una amante entusiasta.

Ahora bien, pasar de ser un hombre cuyas necesidades eran satisfechas regularmente por una esposa amorosa, a uno que tenía que abstenerse de aquella comunión espiritual y carnal durante varias semanas no era una hazaña fácil. El sentimiento de pérdida, aunque fuera temporal, era tan agudo que le había resultado imposible escribirle a su esposa, temiendo que ella se preocuparía innecesariamente por él si sus palabras puestas por escrito llegasen a delatar su estado de desasosiego. Sin embargo, estaba agradecido por sus llamadas telefónicas diarias. Era reconfortante escuchar su voz todas las noches; sin embargo, nunca se sentía lo suficientemente cómodo como para hablar con ella sobre sus dificultades durante la gira. Si no podía ponerlas por escrito, hablar de ellas por teléfono era impensable, sabiendo que en cualquier momento las operadoras podían estar escuchando sus conversaciones. Así que la dejaba hablar, pero anhelaba la libertad de susurrarle directamente al oído lo que su alma quería compartir con ella.

Para colmo, su reciente debut como padre no le facilitaba las cosas en lo absoluto. Por incomprensible que pareciera, el pequeño Richard, al que había abrazado apenas unos instantes antes de tener que separarse de su familia, ya ejercía tal dominio sobre su corazón que hacía aún más dolorosa su ausencia de casa. Por eso, a pesar de su experiencia y de su edad, le resultaba más difícil mantener la concentración y preservar su paz interior en medio de todas las exigencias habituales de su trabajo. Dicho en pocas

palabras, había descubierto de repente que estar lejos de su familia era una verdadera prueba para su paciencia y sus habilidades.

Sin embargo, hasta el momento había logrado mantener la cordura y su rendimiento al nivel acostumbrado. Nadie que lo conociera, con la excepción quizá de su propia esposa, habría notado nada extraño. Eso habría bastado si sólo se hubiera preocupado por las apariencias, pero la verdad era que detestaba la inquietud que se le metía bajo la piel cada vez que se encontraba solo.

Ese era exactamente su estado de ánimo cuando llegó al Savoy después de la aburrida velada en la cena de Lord C***. Aquella había sido la reunión que su jefe y su esposa habían insistido tanto para que él no dejara de asistir a ella. Después de todo, Alfred Derry, conde de C***, un entusiasta mecenas de las artes escénicas, había organizado esa fiesta en honor de la Compañía para celebrar que habían sido distinguidos con una cédula real ³ ese año. De hecho, se esperaba que esa cena fuera uno de los eventos sociales más memorables del calendario cultural de esa temporada; se rumoraba que sólo habían sido invitados los artistas e intelectuales británicos más renombrados, así como unos pocos miembros selectos de la prensa. Ese hecho habría sido lo suficientemente estresante para Terrence, pero a esa queja, la velada había sumado la presencia inquisitiva de Alfred Derry, una de las pocas personas en Londres que sabía demasiado sobre el pasado del actor. Las primeras interacciones con el conde esa noche habían sido un presagio de lo molesto que sería el resto de aquella velada.

—Oh, señor *Graham* —había dicho el hombre maduro con un dejo de diversión mientras subrayaba el nombre de su interlocutor—, es un honor para mí conocerlo, aunque debo confesar que casi siento como si lo hubiera conocido antes.

—El honor es mío, Lord C*** —respondió Terry con absoluta cortesía—, quizá nuestros caminos se cruzaron el año pasado, cuando hice mi primera gira con la Compañía, durante la temporada corta, pero si nos hubieran presentado *formalmente*, estoy seguro de que recordaría la ocasión —concluyó Terrence enfatizando la palabra *formalmente*, diciéndose mentalmente que, con toda honestidad, tal formalidad no se había considerado necesaria cuando el Conde conoció a Terry cuando éste era sólo un niño pequeño.

—Entonces debe usted perdonar a este viejo, señor, pero alegrémonos juntos y celebremos que finalmente nos hemos conocido —fue la elegante respuesta de Lord C*** mientras se volvía hacia el camarero que pasaba junto a ellos con una bandeja de plata—.

³ Un decreto que concedió a la Nueva Compañía Shakespeare el apoyo de la Corona y la distinción de ser conocida a partir de ese momento como la Real Compañía Shakespeare.

¿Puedo incitarlo a probar este Remy Martin, un verdadero rey entre los coñacs? —preguntó Derry tomando una copa de cristal de la bandeja.

—Es impresionante, no sólo por el valor que esa marca conlleva, sino también por su color oscuro. Debe ser un coñac bien añejado, yo diría que al menos 10 años—, señaló Terrence mientras observaba el líquido que se movía en el vaso de Lord C*** antes de agregar: —Desafortunadamente, tendré que declinar la oferta. No tomo bebidas alcohólicas.

—Ahora soy yo quien está impresionado, señor Graham. Es raro encontrar un conocedor que haya elegido la templanza, y mucho menos un artista como usted. Es un hallazgo poco frecuente.

—No tiene ningún mérito mi abstinencia. Aprendí de la manera más difícil que mi temperamento y el alcohol pueden convertirse en una combinación peligrosa, si entiende lo que quiero decir, señor.

—Ya veo —dijo el conde con una media sonrisa—, ahora ha usted despertado mi interés. Dígame, por favor, ¿de dónde saca inspiración un artista como usted si las bebidas espirituosas están fuera de toda consideración?

—El acumen lírico en los textos del Bardo, señoría, es una fuente constante de inspiración para quienes se preocupan por estudiarlos, siempre que lo hagan con el respeto que cada palabra merece —fue la respuesta neutral de Terrence, elegida con cuidado para llevar la conversación a la seguridad del terreno profesional.

A pesar de las hábiles tácticas de Terrence para esquivar las preguntas indiscretas de admiradores y periodistas, la conversación con Lord C*** había sido agotadora. En cada oportunidad que se ofrecía, el joven percibía que el conde se había propuesto demostrar que un joven de su presencia y buena crianza difícilmente podía ser el plebeyo que Terry insistía en ser. No era precisamente que Derry estuviera haciendo sentir incómodo a su invitado de manera intencional, pero al intentar dejar en claro su punto, había logrado molestar a Terrence.

“¡Qué vejete más pesado!”, pensó Terrence, al tiempo que volvía al presente mientras giraba la llave de su suite y entraba en aquellas habitaciones sumidas en una casi total oscuridad. Al entrar en el lugar, no sabía si debía sentirse aliviado o aprensivo. Por supuesto, estaba agradecido de que el temido evento hubiera terminado al fin, pero odiaba la sensación de volver a una cama vacía.

Las cortinas del salón de su suite estaban abiertas, por lo que las luces que provenían del London Eye⁴, en la Ribera Sur del Támesis, iluminaban la habitación, aunque sólo fuera de forma tenue. A pesar del hermoso paisaje nocturno, el hombre se sintió un poco molesto porque la camarera se había olvidado de correr las cortinas como él le había pedido. Sin embargo, estaba demasiado cansado para hacerlo él mismo. Se dejó caer en el sofá, mientras instintivamente se desabrochaba la levita y arrojaba sus zapatos Oxford en medio de la habitación. Nunca había sido un hombre desordenado, pero esa noche simplemente estaba más allá de sus límites. Con una pereza poco habitual en él, estiró las piernas y puso los pies sobre la mesa de té. Mientras lo hacía, un pequeño sobre que supuso que era una nota de su asistente, el señor McNichols, cayó al suelo. Una vez más, estaba demasiado cansado para molestarse siquiera en levantar la nota. De hecho, después de que su cuerpo se hundió en los cojines del sofá, permaneció allí tendido durante más de 15 minutos, contemplando las luces de la ciudad sobre el Támesis, con su mente y sus extremidades igualmente entumecidas.

Recordó la última vez que había estado en el mismo hotel con Candy, cuando llegaron a Inglaterra. Había sido un verano vibrante, lleno de sol y de color, una auténtica rareza para Londres. El calor de esa estación parecía ahora tan lejano bajo el frío glacial de diciembre.

“Sin embargo, si ella estuviera conmigo esta noche”, pensó, “no me importaría en absoluto el frío”.

Con un profundo suspiro, se desató la corbata blanca mientras volvía a contar los días que le quedaban para que terminara su gira, el primero de enero. Después de viajar por Inglaterra, Gales y Escocia desde noviembre, todavía tenía que quedarse en Londres dos semanas más. Esto significaba que no podía pasar las fiestas decembrinas en casa. Aunque Candy había insistido en que ella y Richard estarían bien con Eleanor haciéndoles compañía, él se resistía a la idea de dejarlos solos durante las fiestas. De hecho, en contra del estoicismo declarado de Candy, Terrence había planeado en secreto hacer al menos un par de viajes rápidos de Londres a Stratford mientras todavía estuviera actuando en la capital.

Si salía en el tren de la mañana, durante su día libre, calculaba el joven, aún podría llegar a casa al mediodía, pasar la noche con su familia y regresar a Londres a la mañana siguiente. Por supuesto, sus escapadas no podían ser ni en Navidad ni en la víspera del Año Nuevo, pero tendría que conformarse con cualquier otra fecha disponible, aunque fuera sólo para mantener la cordura. Cuanto más lo pensaba, más decidido estaba a

⁴ “El Ojo de Londres” es un famoso mirador panorámico en forma de rueda de la fortuna que se encuentra en la ribera del Río Támesis y cerca del Puente de Westminster. El Hotel Savoy está colocado al otro lado de la ribera y algunas de sus habitaciones tiene vista hacia el Ojo de Londres.

seguir con el plan. . . pero su siguiente día libre aún estaba a una semana de distancia, y le parecía que el tiempo no podía pasar lo suficientemente rápido.

“Si no los tengo pronto en mis brazos”, se dijo, “¡me volveré loco! A estas alturas, estoy tan desesperado que creo que puedo sentir literalmente la fragancia de Candy en esta habitación”.

Cerró los ojos para evocar el calor de la piel desnuda de su mujer. Era un truco que había utilizado durante sus largos y desesperados años en Nueva York, y que había vuelto a resultar útil en los últimos días. Para un hombre de su vívida imaginación, como debe ser cualquier buen actor, no era tan difícil reproducir mentalmente la textura, el aroma y el sabor de su amada. Sin embargo, sabía que no debía abusar de ese recurso. Después de todo, al final, sólo lo dejaba inquieto e insatisfecho. Su ahora superior conocimiento de ella le había enseñado lo débil que podía ser su imaginación comparada con la experiencia del real contacto íntimo. Por lo tanto, después de un momento de debilidad en el que Terrence se entregó a sus vívidos recuerdos, se obligó a volver a la realidad. Razonó que las tácticas compensatorias de un adolescente no podían ser suficiente para un hombre; así que, finalmente, se levantó del sofá y se arrastró hasta el dormitorio.

Una vez en la oscura recámara, después de casi tropezar con una maleta varada a medio camino, caminó derecho hacia el baño, sintiéndose incómodo con el olor a cigarro que impregnaba su ropa.

*“¿No es curioso que un aroma que antes me gustaba tanto ahora sea tan repugnante?”, se preguntó mentalmente mientras encendía las luces del baño para terminar de desvestirse. Recordó que a Lord C*** le había parecido extraño que Graham no sólo se negara a participar en beber el mejor coñac sino también a fumar un exótico Por Larrañaga⁵.*

—Me intriga, señor Graham —respondió el hombre con una risita divertida—. No es usted ni bebedor ni fumador y, desde luego, no es un mujeriego, a juzgar por la forma en que ha esquivado los avances de todas sus admiradoras esta misma noche. Me ha recordado a un buen amigo mío que ha ido abandonando poco a poco estos placeres, pero su caso no cuenta porque es un viejo tonto, como yo. Su caso es diferente: un hombre tan joven como usted debe tener uno que otro vicio. ¿Para qué sirve la juventud si no es para tales indulgencias? Me está haciendo preguntarme qué clase de adicción puede estar escondiendo.

Terrence se limitó a sonreír misteriosamente, añadiendo vagamente que “hay debilidades que un caballero debería guardar sólo para sí mismo”.

⁵ Una famosa marca de puros cubanos.

Una cosa era cierta, pensó Terrence mientras continuaba desvistiéndose: incluso si el tabaco no había tocado sus labios, el olor impregnaba sus prendas y su cabello, lo que lo hizo decidir tomar una ducha rápida, sin importar lo cansado que se sintiera.

Una vez que el agua caliente le recorrió el cuerpo, con el aroma herbal y cítrico de su jabón prevaleciendo sobre el olor a cigarro, sus fosas nasales se sintieron liberadas. Sólo entonces tomó conciencia de otros olores que lo rodeaban.

“¿Qué es ese dulce aroma floral?”, se preguntó mientras miraba a su alrededor al salir de la ducha. Al no encontrar nada nuevo en la habitación, imaginó que la camarera había usado un desodorante diferente en el baño, o tal vez era algo que habían usado para lavar las toallas. “Lo que sea que hayan hecho”, pensó un poco molesto, “deberían considerar usar un tipo de perfume más neutro para sus habitaciones”.

Encogiéndose de hombros mientras se ponía la bata, el joven se rio para sus adentros mientras sopesaba su nueva obsesión por los olores. Imaginó que a esa hora era mejor olvidarse de cualquier queja que pudiera tener y simplemente irse a la cama. Así que tomó los pantalones del pijama que McNichols le había dejado en el gabinete del baño y se los puso, pero no logró encontrar la camisa del mismo juego.

“¿Qué demonios está pasando? ¿Dónde está esa maldita camisa?”, se preguntó para sí mismo. Estaba desconcertado porque McNichols había demostrado ser demasiado eficiente para cometer un error tan evidente. ¿Cómo podía haberse olvidado de dejar todo el pijama listo? Entonces miró el reloj que había dejado sobre la superficie de mármol del lavabo. Era demasiado tarde para preocuparse por nimiedades. Así que decidió olvidarse del incidente y simplemente seguir con su rutina.

En un intento de acelerar el proceso, se secó el cabello con una toalla y se cepilló los dientes. Mientras tanto, se miró en el espejo y se preguntó de nuevo si el sueño le asistiría aquella noche. A menudo se daba cuenta de que, a pesar de sentirse cansado, apenas podía dormir unas horas todas las noches, ya que la persona con quien compartía el lecho no estaba con él. Entonces, de repente, justo cuando ponía el cepillo de dientes en el vaso que tenía delante, sus ojos se fijaron en un segundo cepillo, justo al lado del suyo, uno pequeño con un mango de marfil que le resultaba familiar.

“Los cepillos de dientes de Candy son siempre tan pequeños como los de un niño”, sonrió... luego, una fracción de segundo después de haber producido este último pensamiento, su mente explotó en estupefacción.

De repente, los pequeños detalles que le habían parecido intrascendentes desde que entró en la habitación del hotel adquirieron un nuevo significado. Un flashback de la última vez que él y Candy se habían alojado en el Savoy le vino a la mente. Vio el rostro de Candy

literalmente radiante, hipnotizada por el monumental London Eye sobre la ribera del Támesis, y también recordó su insistencia en dejar las cortinas abiertas para disfrutar de la vista. Entonces, se dio cuenta de que McNichols nunca le dejaría una nota en un sobre rosa, como el mismo que él había tirado descuidadamente de la mesa de té. A continuación, también recordó que su meticuloso asistente se había encargado de guardar todas sus maletas dentro del armario. Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo esa pequeña maleta en medio del camino hace un rato? ¿No era ese dulce olor en el baño igual al perfume del talco para bebé? . . . ¿Y el aroma a rosas en el sofá? . . . Y por último, pero no menos importante, ¿qué estaba haciendo el cepillo de dientes de Candy justo delante de sus ojos?

Con el corazón en la garganta, el joven abrió la puerta del baño casi con violencia. Aunque la luz que provenía del baño iluminaba sólo parcialmente la habitación contigua, los ojos de Terrence pudieron distinguir ahora la figura de su esposa, durmiendo plácidamente en su cama. Estaba acostada en su lado habitual de la cama, del lado opuesto al baño, y junto a su costado, sobre un soporte de madera, descansaba un moisés decorado con encajes blancos. Si el corazón de Terrence no hubiera sido arrebatado por su esposa mucho tiempo antes, en aquel momento en que la vio durmiendo allí, en ese cuarto de hotel, habría sido un buen momento para que ella se lo robara por completo.

Todavía asombrado, el joven permaneció inmóvil durante unos segundos, antes de poder soltar la manija de la puerta del baño. Cuando por fin consiguió que sus músculos le respondieran, primero movió la cabeza negando con incredulidad mientras una suave sonrisa se dibujó en sus labios. A continuación, caminó lentamente alrededor de la cama para acercarse al moisés. Con manos vacilantes, levantó el velo de tul que cubría la cama del bebé lo suficiente para echar un vistazo a la pequeña figura dormida que yacía en el interior. La luz era escasa, pero la vista era lo suficientemente luminosa para los ojos del orgulloso joven padre. Se quedó inmóvil al ver a su primogénito, preguntándose cómo era posible que hubiese cambiado y crecido tanto en sólo seis semanas. A Terrence le hubiera gustado tomar a Richard en sus brazos y mirarlo directamente a los ojos, que imaginaba hermosos, pero sabía bien que es mejor dejar a los bebés tranquilos cuando finalmente concilian el sueño. Así que, poniendo el velo en su lugar, dejó que el pequeño Richard continuara con sus inocentes sueños.

—¿No es hermoso? —una suave voz femenina lo despertó de su ensoñación.

Levantando entonces la vista, vio a su esposa sentada en la cama, apoyada sobre el codo derecho. Acababa de encender la lámpara de noche que tenía a su lado y su suave luz acentuaba la mata de apretados rizos dorados que adornaban su cabeza. Terrence ya estaba perdido con solo ver ese rizo suelto que caía sensualmente sobre su frente cuando

sus labios insinuaron una sonrisa traviesa. Era obvio que ella estaba disfrutando de su travesura, un tanto más de lo que a él le hubiese gustado. Terrence, que nunca se sentía cómodo cuando eran otros y no él quien gastaba las bromas, incluso si esta fuese la más dulce de todas, decidió ignorar su urgente necesidad de correr a la cama para abrazar a Candy con todas sus fuerzas. En cambio, caminó lentamente alrededor de la cama hasta llegar al lado que él usualmente ocupaba cuando dormía junto a su esposa. Se quedó allí, cruzado de brazos, como si estuviera listo para regañar a un niño.

—Entonces, señora —dijo en el mismo tono susurrante que había usado Candy—, ¿cómo planea expiar sus pecados?

—Dígame usted, por favor, de qué pecados está hablando —respondió ella mientras lo observaba quitarse la bata y subirse a la cama con la actitud de un gran gato acechando a su presa.

—¡Válgame, Dios! —exclamó él mientras estiraba las piernas sobre la cama y sostenía el peso sobre el brazo izquierdo— ¿Cuándo te volviste una pecadora tan desvergonzada? ¿De verdad necesito enumerar tus ofensas?

La sonrisa de Candy se hizo más amplia, mostrando sus hoyuelos, lo que casi hizo que Terrence desistiera de su juego y pasara a besarla como si no hubiera un mañana. Pero siguiendo los impulsos de su naturaleza combativa, el hombre no se rindió tan pronto.

—Adelante, enumere usted mis transgresiones—, lo instigó ella.

—Bueno, para empezar, ¿no se supone que una señora “en cuarentena” debe quedarse en casa? —preguntó, pronunciando enfáticamente el anticuado eufemismo que antaño se usaba para referirse al periodo de postparto.

—Mi “cuarentena”, como usted la llama, ha terminado. Ayer mismo vi al Dr. Monroe y me dijo que estaba lista para retomar mi vida normal, con todas las actividades que ello implica. . . ¿entiendes a qué me refiero?

Él levantó la ceja izquierda, en un esfuerzo por reprimir una sonrisa, pues había entendido claramente lo que ella quería decir.

—Interesante . . . —respondió ocultando su emoción—, pero, aun así, seguramente eso no es una excusa para invadir mi habitación sin previo aviso.

—¡Ah! ¡Eso! —exclamó ella, pretendiendo estar sorprendida.

—Sí, ¿cómo respondes a eso?

—A eso se le llama darle una sorpresa a alguien a quien aprecias. Es decir, esperas que esa persona se sorprenda gratamente al verte, incluso si la visita es inesperada . . . ¿De verdad fue así? Es decir, ¿Te gustó la sorpresa? —, explicó con el mismo tono juguetón pero suavizado con un dejo de ternura.

—Todavía tengo que evaluarlo. Digamos que tal vez me ha gustado, pero, aun así, ¿puedes explicarme ahora qué ha pasado con Eleonor? ¿La has abandonado en Stratford? ¿Y cómo te has colado en mi suite? ¿Cómo puede la administración del hotel manejar un lugar como este con un sistema de seguridad tan deficiente? ¡Parece que cualquier intruso puede entrar en la habitación de uno!

—¡Oh, qué interrogador tan implacable es usted, señor! Seguro que tiene un futuro brillante como agente de la ley —se burló ella—. Claro que no abandoné a su dulce madre —respondió con falsa indignación— Ella vino conmigo a Londres y ahora se está quedando en casa de la señora Taylor. Por cierto, esa buena señora nos ha invitado a pasar la Navidad y la víspera de Año Nuevo en su casa. No será algo formal. Sólo una verdadera reunión familiar. Y pude entrar en tu habitación porque llamé al señor McNichols para comunicarle mis intenciones.

—Está bien —pareció ceder él por un segundo, pero luego volvió a atacar—, pero todas estas intrigas no te dan excusa para dejar esa horrible maleta tuya en mi camino. Casi me doy de bruces hace un momento.

—Lo siento mucho —respondió ella, esta vez sinceramente avergonzada—, pero no había más espacio en el armario. Quiero decir, logré meter la mayoría de mis cosas, pero esa maletita es para las cosas de Richard y simplemente no cabía en ningún lado. Además, hay que cambiar a «Su Majestad» varias veces al día, así que es mejor tenerla a mano en todo momento.

—Bueno, te dejaré ir con eso, pero entonces, si planeabas venir a verme este día, ¿por qué no viniste antes para ir a la recepción de Lord C*** conmigo? Me decepciona saber que estabas durmiendo aquí mientras yo moría de tedio y fastidio en la fiesta de ese hombre insufrible —escupió entre sonrisas mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho una vez más.

—Terry, por mucho que me hubiera gustado estar contigo esta noche, todavía es demasiado temprano para asistir a una reunión social formal de esa duración. A diferencia de la mayoría de las mujeres, yo me estoy encargando de amamantar a nuestro hijo y, como necesita que lo alimente cada tres horas, no puedo estar lejos de él tanto tiempo como lo requeriría una cena formal.

—Parece que tienes una excusa para cada una de mis quejas, pero todavía tengo una cosa más contra ti, jovencita.

—¿Ah, de verdad?

—¿No te he dicho que no uses la camisa de mis pijamas? Creo que ya hemos hablado de ese tema antes, al menos una docena de veces. Anda, devuélvemela — dijo con una voz que sonaba más a provocación sensual que a reclamo.

Candy rio mientras sus ojos se iluminaban con una luz traviesa.

—Si tanto lo necesitas, ven a buscarlo tú mismo —, lo desafió, sabiendo bien hacia dónde se dirigían. Sin embargo, en el fondo de su mente recordaba que este nuevo encuentro físico iba a ser diferente. Candy sabía que los cambios que experimenta el cuerpo femenino durante un parto natural imponen un ritmo diferente cuando se reanudan las intimidades. Además, la presencia de su hijo durmiendo en la misma habitación requería un nuevo tipo de fuego contenido, uno que pudiera arder en silencio y en la oscuridad.

—¿Pasa algo? —preguntó él notando un ligero cambio en la expresión de ella, incluso en la tenue luz de la habitación.

—Bueno, debes saber que mi cuerpo ha pasado por algunos cambios —comenzó bajando la mirada— Tendremos que ir despacio, con cuidado, ¿sabes? —continuó en voz baja—. Y también está Ricky en la habitación. Tendremos que hacerlo en silencio.

Si los corazones tuvieran una capacidad máxima para soportar la ternura, la medida de Terrence habría llegado hasta al tope en ese instante, amenazando con desbordarse.

—No te preocupes, cariño —dijo finalmente con una sonrisa—, tú serás mi guía — concluyó, finalmente alcanzando a tocar su cabello, que notó que había estado creciendo más largo últimamente—, para empezar, me gusta este cambio.

—¿Te refieres a mi pelo? — preguntó sorprendida, —Con el bebé, ni siquiera he tenido tiempo de cortármelo— se rio.

—Bueno, me encantaría que lo dejaras más largo, si no te importa —murmuró antes de que sus labios cubrieran los de ella con toda la avidez que había estado reprimiendo por semanas.

Era evidente que se estaban aventurando en un nuevo territorio, pero avanzaban juntos con la confianza que les brindaba su mutuo afecto y la fe que tenían el uno en el otro. Pronto descubrieron que, incluso en medio de los cambios que estaban experimentando, los más voluptuosos placeres eran alcanzables a través del mutuo afecto que compartían.

Caminando por pasillos llenos de gente que se apresuraba a encontrar artículos esenciales u objetos raros, el joven llegó a la sección de antigüedades. Si bien el más popular mercado de antigüedades de Gray habría sido más afín a sus gustos, Terrence no era indiferente a la seducción de la búsqueda de tesoros escondidos en un menos pretencioso mercadillo, como el de Spitalfields. Sabía que personajes tanto famosos como infames habían favorecido las calles del barrio en el que se encontraba aquel mercado histórico. Por eso, disfrutaba imaginándose que, setenta años antes, el propio

—No siempre, Eleanor. Algunas son confusas y, como mínimo, alucinantes —respondió Taylor.

—Eso sí que es intrigante—, intervino Terrence con interés, —el material del que están hechas las pesadillas es ciertamente algo que me gustaría explorar más, con fines de desarrollo de personajes—, explicó —dijo usted que su nombre era Dalí, ¿verdad?

Mientras Taylor asentía con la cabeza en señal de acuerdo, Candy intervino mientras tomaba su lugar al lado de su marido:

—Sólo espero que no estés planeando colgar una pesadilla en nuestra sala de estar, Terry —dijo con una sonrisa que delataba que estaba hablando en broma.

Candy apoyó la cabeza sobre el hombro de su marido con un gesto cariñoso que fue inmediatamente correspondido por el brazo de Terrence, que encontró su lugar alrededor de los hombros de ella. La señora Taylor y la señorita Baker intercambiaron miradas cómplices y una sonrisa fugaz al ver la espontánea muestra de afecto de la joven pareja.

—No te preocupes, Pecosa—, respondió él a las bromas de su esposa, —decoración de interiores no es parte de la descripción de mis habilidades profesionales. Así que ten la seguridad de que te permitiré tomar tus propias decisiones . . . pero,

—¡Oh, no! Creo que sabía que iba a haber un “pero” —dijo Candy poniendo los ojos en blanco de forma dramática.

—Bueno, escúchame, señora, te haré una única sugerencia, sólo por esta vez —comenzó con una sonrisa que reprimía una carcajada que estaba por escapársele.

—¡Oh, Eleanor! ¡Ayúdame! —gritó Candy cómicamente. Los miembros mayores de su pequeño público miraron a la pareja con jocosidad.

—¿Ves ese paquete grande envuelto en papel de estraza debajo del árbol, Pecas? —preguntó señalando el árbol de Navidad en la sala de estar.

Los ojos de Candy se abrieron de par en par al darse cuenta de que su marido no estaba bromeando.

—¿Está sugiriendo que empecemos a abrir los regalos, señor Graham? —preguntó mientras se giraba para ver a los Taylor, pidiendo permiso a su anfitrión con sus ojos expresivos.

—Por supuesto, Can . . . —comenzó a decir Alicia Taylor, pero antes de que pudiera terminar la oración, la joven literalmente voló de su asiento a la base del árbol para extraer el regalo que Terrence había señalado.

Terry no pudo contener la risa ante el entusiasmo infantil de Candy y el resto del público lo siguió. La joven, sentada en el suelo, se ocupó de rasgar el modesto envoltorio que cubría el paquete rectangular con alegres risitas. Sin embargo, una vez que sus ojos pudieron ver el contenido del paquete, se quedó repentinamente en silencio. Un segundo después sus ojos se llenaron de lágrimas.

Para los Taylor y la Señorita Baker, ahora estaba claro que el regalo era un cuadro, pero como Candy lo sostenía frente a sí, no podían ver la composición que la estaba conmoviendo hasta las lágrimas. Estaban intrigados, por decir lo menos.

Después de un breve segundo, Candy levantó la mirada, primero mirando hacia Terrence y luego a las otras personas en la habitación.

—Este es mi hogar de la infancia . . . ¿es mi amado Hogar de Pony? —dijo con voz gutural, mientras sus lágrimas corrían libremente por sus mejillas.

Ahora la comprensión de lo que ocurría iluminó finalmente el rostro de Eleanor.

Candy levantó la vista, dando las gracias en silencio a su marido y, al ver la mirada interrogante de Eleanor, se levantó y mostró el cuadro a su suegra y a los Taylor. A continuación, se relató la historia de un pequeño orfanato en la campiña del medio oeste americano, que cautivó a la audiencia con la calidez y el cariño puro que Candy sentía por el hogar de su niñez. Terrence siguió la escena en silencio, deleitándose con el placer de haber sido el medio que había puesto en manos de Candy un objeto tan modesto y a la vez tanpreciado.

“Hacerte feliz. . .”, pensó, “es casi un acto de egoísmo, ya que el verte así me hace muy feliz”.

Cuando terminó su historia, Candy regresó a su lugar al lado de Terry, todavía sosteniendo la pieza.

—¿Cómo es posible que encontraras algo así, mi amor? —finalmente tuvo la presencia de ánimo para preguntar.

—Fue el otro día cuando fuimos juntos a Spitalfields, ¿recuerdas? —preguntó con expresión tranquila, pero con una chispa todavía brillando en sus ojos.

—Pero, cómo... cuándo... nunca vi...

—Bueno, estabas demasiado ocupada regateando por las verduras, así que me puse a dar una vuelta por los puestos de antigüedades y lo encontré. Me quedé tan sorprendida como tú ahora —respondió y luego, al ver que la mirada interrogante de Candy no había

>>>>>>>>>>>>>>><<<<<<<<<<<<<<<<<

Eleanor, Candy y la señora Leveridge, la sirvienta, estaban lavando los platos mientras charlaban animadamente. Los Grandchester habían organizado una reunión íntima para celebrar el vigésimo noveno cumpleaños de Terrence con tan sólo su escaso personal doméstico y la señora Baker, cada uno de ellos compartiendo la misma mesa como iguales. El corazón de Candy todavía estaba procesando los entrañables recuerdos que acababan de crearse esa noche. Por un instante, se acordó de su antiguo sistema para marcar los días en su calendario distinguiendo los días malos de los que no tenían nada de especial utilizando estrellas blancas y negras. No había pensado en ese método en años. Se le ocurrió entonces que, ya que su vida como esposa de Terrence era tan diferente a los tiempos difíciles que había vivido en la casa de los Lagan, si iba a utilizar un sistema similar ahora, tendría que idear nuevos símbolos.

“Tal vez usaría estrellas azules para los días buenos y estrellas doradas para aquellos días que son realmente maravillosos”, pensó.

En medio de estas reflexiones, recordó el rostro de Terrence durante la cena de esa noche. Tan reservado como era habitualmente, en esta ocasión no pudo evitar que la satisfacción de su corazón se hiciera patente en sus ojos. Verlo tan evidentemente feliz, a gusto y abierto a recibir el aprecio de quienes lo rodeaban, era el sueño de Candy hecho realidad.

“¡Siempre que Terry está feliz, ese día es un día de estrella dorada para mí!”, pensó.

Las tres mujeres continuaron con su tarea hasta que la cocina quedó completamente limpia. La señora Leveridge se despidió y sólo la señora Baker y Candy permanecieron en la cocina por un rato más. Candy estaba tomándose un respiro en sus deberes maternos, ya que Terrence había reclamado el privilegio de poner a dormir al bebé. Por lo tanto, Candy pensó que esta era la ocasión perfecta para retomar la conversación que ella y Eleanor habían dejado inconclusa un par de meses antes.

—Ha sido una velada maravillosa, Eleanor. Me alegro mucho de que hayas podido quedarte para el cumpleaños de Terry y ayudarme a hacer de esta una ocasión memorable. El año pasado, estabas fuera de la ciudad y armé un lío al pelearme con él y lo arruiné todo—, dijo con un puchero.

—Si ustedes dos pelearon, estoy segura de que Terry no estaba del todo libre de culpa y tal vez —la mujer hizo una pausa mientras una sonrisa cómplice aparecía en sus labios—, tal vez la reconciliación que estoy segura siguió a la pelea compensó la oportunidad perdida. ¿No es así?

—Bueno... no estás... del todo equivocada —respondió Candy sonrojándose—. Pero me gusta más cuando él se muestra tan feliz como lo estuvo hoy, sin ningún drama. Gracias

por estar aquí para hacer que este día fuera tan perfecto. Ojalá pudieras quedarte también para el bautizo de Richard.

—Lo siento mucho, pero mi agente me ha estado presionando para que vuelva para ocuparme de un montón de cosas, cariño. Y tengo este nuevo proyecto del que te hablé, producir una obra de teatro por mi cuenta. No puedo posponer más esas obligaciones.

—Claro, entiendo que eres una persona ocupada. Es sólo que me encanta tener amigos y familiares a nuestro alrededor. Albert viene y... —en ese momento Candy se detuvo y respiró profundamente—. Hablando de familia, Eleanor, ¿has pensado en la conversación que tuvimos el pasado noviembre? Si aún estás indecisa, lo entendería. Sólo me preguntaba... —cerró la frase bajando la voz, realmente avergonzada de sacar el tema.

—Sobre eso —dijo Eleanor tratando de forzar una sonrisa que no correspondía del todo a la expresión en sus ojos—, he discutido el asunto con —hizo una breve pausa—, con aquellas personas que podrían darme algún consejo, y considerar las ramificaciones, ya ves.

Candy contuvo la respiración, pensando que tanto preámbulo no podía ser presagio de una respuesta positiva.

—Después de pensarlo mucho—, continuó la mujer, — decidí que quiero ser parte de la vida del pequeño Rick, como su abuela, pero la palabra en sí es demasiado larga y dura para los oídos, ¿no crees?

—¿Y cómo quieres que te llame entonces? —preguntó Candy con una sonrisa.

—Bueno, mi hermano y yo usábamos un diminutivo sureño para nuestra abuela paterna. Verás, ella era de Charlotte, en Carolina del Norte. Luego entonces, ella nos enseñó a llamarla Mimi, que es como una forma abreviada para referirse a la abuela. Creo que Mimi suena mucho más suave es y más fácil de pronunciar para un niño pequeño. Me gustaría ser Mimi para tus hijos—, concluyó Eleanor.

—Entonces serás Mimi —respondió Candy, sintiendo que había algo más detrás de esa elección de lo que parecía a simple vista, pero la respetó de todos modos.

Las dos mujeres permanecieron en la cocina un rato más, hablando de los preparativos para la partida de Eleanor la semana siguiente. Eleanor prefería no alargar demasiado las despedidas, así que decidió que se despediría de los Graham en Stratford y que McNichols la llevaría a Southampton, donde abordaría el trasatlántico que la llevaría a New York. Candy, que también se resistía a mirar atrás al separarse de sus seres queridos, comprendió su decisión.

*A Su Gracia, el Duque de N***,*

Después de considerar las ramificaciones del tema que se discutió recientemente, he decidido adoptar una postura que espero pueda ayudarnos a lograr una solución intermedia. Mi relación con R. no se basará en una mentira, pero será tan discreta como siempre, si no es que más. Por esa razón, me mantendré alejada lo más posible. Afortunadamente, como usted sabe, mis obligaciones profesionales me exigen que ponga un océano de por medio entre R y yo. Si él y su familia alguna vez me visitan en Estados Unidos, les abriré con gusto las puertas de mi casa y disfrutaré de su compañía. Sin embargo, no pondré un pie en Inglaterra a menos que la señora G. me necesite de nuevo, como fue el caso el pasado mes de noviembre. Aún en una situación así, me aseguraré de que mis visitas nunca incluyan apariciones públicas al lado de la familia. Lo que es más, tenga usted la seguridad de que tendré cuidado de no cruzarme con usted, mi Lord, en la medida de lo posible.

Por supuesto, la familia no conoce los detalles ni las motivaciones de esta decisión. Confío en que su señoría las mantendrá en secreto. Espero que estas medidas ayuden al señor G. a tener más tiempo para pensar lo que es mejor para él y su familia. Él todavía es joven, impulsivo y tal vez aún esté resentido con usted y con todo lo que usted representa. Pero el tiempo puede curar algunas heridas. Así que tal vez no sea demasiado tarde para lograr el futuro que usted desea para su Casa. Al terminar esta carta, le ruego que la destruya de acuerdo con lo pactado.

Atentamente,

EB

Después de leer la carta por tercera vez, Richard Grandchester arrojó el papel y el sobre al fuego. En la oscuridad de su dormitorio, una lágrima solitaria, que arrastraba en su interior las oscuras olas de un océano de remordimientos y culpa, corrió por su mejilla.